

GLOSARIO DE REVISTAS

El Sistema Monárquico y el Espíritu Internacional

En el número de Enero de 1929 de *L'Esprit International*, Guglielmo Ferrero publica un penetrante análisis de la situación política de Europa antes y después de la gran guerra.

Internémonos en el histórico panorama:

«Desde 1815 a 1914 las relaciones entre los grandes estados de Europa han guardado, salvo escasas excepciones, un carácter dinástico. Las cortes acordaban las alianzas, declaraban las guerras, hacían la paz, firmaban los tratados y respondían de su cumplimiento.

En todos los países monárquicos, a excepción de Inglaterra, los ministros de relaciones exteriores depen-

dían directamente del soberano y no eran responsables ante el parlamento sino de una manera relativa y a veces puramente nominal. Los lazos de familia y las relaciones personales entre los soberanos tenían una importancia política de primer orden, tanto como el carácter y las simpatías de cada uno de ellos.

Durante la subsistencia del sistema monárquico, la caída de una dinastía no era sino un accidente casi siempre reparable. Los monarcas se sostenían en Europa mutuamente como las piedras de un muro construido sin cemento. Transformándose en república, un país se aislaba. La república de 1848 debió — en parte — su corta existencia a su aislamiento diplomático. El aislamiento fué una de las dificultades más graves contra las cuales

debió luchar en Francia la Tercera República durante los veinte primeros años de su existencia.

La integridad y la fuerza del sistema fueron el pensamiento dominante de los grandes políticos de la monarquía europea: tanto de Metternich como de Bismarck. Pero la tarea, relativamente fácil hasta 1848, se hizo mucho más difícil a continuación. Francia, bajo el Segundo Imperio, tomó en el sistema una posición especial de la que no se separó definitivamente hasta convertirse en república en 1871. El sistema, no obstante, era lo suficientemente fuerte como para resistir si a la defección de Francia no se hubiese agregado la división entre los Habsburgo y los Romanoff provocada por la guerra de Crimea. La piedra angular del sistema monárquico era la amistad entre las cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo. La Santa Alianza lo había comprendido. Esta piedra fué trizada por la guerra de Crimea.

Cuando, después de 1870, Bismarck trató de proseguir la obra de la Santa Alianza formando en Europa la internacional de las cortes, profundamente quebrantada por la revolución de 1848 y las guerras que estallaron entre 1850 y 1870, hizo grandes esfuerzos por restablecer

la unidad de las tres cortes del norte. Comenzó por intentar una alianza entre Berlín, Viena y San Petersburgo. Esto era reconstruir la Santa Alianza en su núcleo vital. Habiendo fracasado la alianza, se dirigió a la dinastía recientemente instaurada en Roma y concluyó la Triple Alianza, que fué sobre todo — lo confiesa él mismo en sus memorias — una alianza dinástica a la que trató de ligar indirectamente a Rusia por el famoso tratado secreto de seguridad. Esto era todavía el plan de la Santa Alianza, pero adaptado, por una combinación sutil, a las contradicciones de la época y a la situación creada por la revolución de 1848 y sus consecuencias. El sistema monárquico empezó a disgregarse definitivamente cuando Guillermo II rompió el tratado secreto con Rusia y fué destruído por la guerra mundial, que comenzó por una querrela entre el imperio de Austria y el imperio ruso. Como para dar una confirmación suprema, *in articulo mortis*, al sistema de la Santa Alianza, los Romanoff, al caer, arrastraron en su ruina a los Habsburgo y a los Hohenzollern.

El sistema está destruído. Razón por la cual la restauración de la monarquía será en lo sucesivo una operación política más complicada

y difícil, aún en Alemania, que lo fué antaño. Mientras que en 1848 y en 1870 Francia se aislaba convirtiéndose en república, Alemania se aislaría mañana si volviera a ser monarquía. El prestigio de los Hohenzollern hasta 1914 derivaba en gran parte de su situación preponderante en el sistema monárquico europeo. Por la triple Alianza y sus relaciones con las otras cortes, eran el sostén de toda la política europea. La dinastía que viniera a tomar su puesto en el futuro no podría restablecer esta situación privilegiada. Al contrario: sería rodeada por la desconfianza y la hostilidad.

Se podría, en suma, restablecer monarquías en el trono o crear nuevas más o menos serias como en Albania, pero no se podría reconstruir el sistema.

Pero esto no es todo: la destrucción del sistema monárquico en Europa ha sufrido complicaciones con una serie de catástrofes dinásticas ocurridas en Asia y Africa. En cierto sentido, se puede decir que la gran crisis de la monarquía que caracteriza los comienzos de nuestro siglo ha comenzado en Asia con la revolución joven-turca de 1908. La revolución china, la crisis persa, la crisis egipcia, la proclamación de la República de Angora,

han sido la continuación. Si Asia y Africa habían sido hasta fines del siglo XIX, los dos continentes monárquicos, no puede decirse otro tanto en 1928.»

Las dos consecuencias más graves de este acontecimiento son, para Ferrero, la bancarrota del equilibrio europeo y el ocaso de la hegemonía de Europa en el Asia, donde un robusto sentimiento nacionalista mira con sistemática y hostil desconfianza toda intromisión extranjera. Ejemplo considerable: la crisis inglesa en Egipto.

Para el historiador, la monarquía ha sido en Europa y Asia, durante todo el siglo XIX, un órgano del espíritu cosmopolita, un lazo entre los pueblos y los estados, una institución internacional en suma. El grave problema de nuestra época es pensar con qué fuerza nueva vamos a reemplazar esta institución desvanecida.

Ya no puede mantenerse en pie la ilusión nacida al calor de los acontecimientos de 1918. Se creyó entonces, por un momento, que la democracia y el sufragio universal iban a unificar a Europa.

Francia e Inglaterra son todavía democracias gobernadas por el sistema representativo tal como lo comprendió y practicó el siglo

XIX. Otro tanto puede decirse de los estados que permanecieron neutrales durante la gran guerra. La república parlamentaria se consolida en Alemania. Son muy de temer en las repúblicas las enfermedades de infancia. La república alemana ha alcanzado ya su décimo año.

Rusia e Italia, por caminos opuestos, llegan a la más abierta hostilidad anti-democrática. Para Rusia, la democracia es un compromiso con la burguesía; para Italia, una componenda con el socialismo. En España un golpe de estado establece la dictadura y trata de afirmarse en la autoridad real.

La pequeña república de Austria parece un protectorado de la Liga de las Naciones. Polonia y Checoslovaquia son dos repúblicas democráticas gobernadas por el sufragio universal, según el sistema proporcional. Pero la democracia, el sufragio universal y el sistema proporcional sufren allí violentos ataques. De momento, la dificultad parece estar resuelta en Checoslovaquia, pero la situación continúa oscura e incierta en Polonia. En Hungría hay un trono vacante, una monarquía sin monarca en la cual el soberano ausente y desconocido está representado por un regente, un almirante que es un

semi-dictador sostenido por el Parlamento y el recuerdo todavía vivo de varios meses de régimen bolchevique.

En la mitad de Europa el régimen representativo y las instituciones democráticas están amenazadas por la dictadura. Europa corre el peligro de dividirse en dos: Europa democrática y Europa dictatorial. Pero oponiéndose como se opone violentamente la Europa dictatorial a la Europa democrática no puede, sin embargo, ponerse de acuerdo consigo misma porque es característica singular de nuestro tiempo la coexistencia de dos dictaduras que se tienen declarada una guerra sin cuartel: la dictadura blanca y la dictadura roja.

Cree Ferrero que la unificación de los principios básicos del Estado sería la mejor solución del problema planteado por la desaparición de la monarquía. Como esto no es, por ahora, posible, el autor ve en las instituciones y movimientos espirituales de carácter internacional el medio más eficaz de lucha contra la disgregación de Europa. Así se explica el desarrollo de la Liga de las Naciones y la influencia, cada día creciente, de la Iglesia Católica y del Partido Socialista.

«Imposible comprender la nueva situación europea —

termina Ferrero — si no se comprenden la importancia y las consecuencias de las catástrofes dinásticas de

1917 y 1918 derivadas de las revoluciones rusa, alemana y austriaca».—*M.*